

Vida insular en la aldea global : paradojas en curso*

Martín Hopenhayn**

Preámbulo finisecular

Quisiera partir con cuatro citas de ánimo finisecular que se refieren a la globalización, por un lado, y a la postmodernidad por el otro.

1. "Todas las industrias nacionales establecidas desde hace tiempo han sido destruidas o están siendo destruidas a diario. Se ven desplazadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en un asunto de vida o muerte para todas las naciones civilizadas, industrias que ya no continúan trabajando con materia prima local, sino con materia prima proveniente de las zonas más remotas; industrias cuyos productos son consumidos, no sólo localmente, sino en cualquier parte del globo. En lugar de las antiguas necesidades satisfechas por la producción del país, encontramos nuevas necesidades que requieren para su satisfacción los productos de países y climas distantes. En lugar de la antigua reclusión y autosuficiencia locales y nacionales, nos encontramos con un intercambio en todas las direcciones, una interdependencia universal de las naciones."

2. "Todas las relaciones estables e inmutables, con su séquito de prejuicios y opiniones antiguas y venerables son dejadas de lado, y todas las recientemente formadas se convierten en anticuadas antes de que puedan osificarse."

3. "La desintegración caracteriza nuestro tiempo, y con ella la incertidumbre: nada se yergue con firmeza sobre sus pies o sobre una fe sólida en sí mismo; vivimos para mañana, porque el pasado mañana es dudoso. Todo es resbaloso y riesgoso en nuestro camino, y el hielo que nos sostiene se ha vuelto delgado."

4. "Abundancia de impresiones disímiles, más que nunca: cosmopolitismo en comidas, literaturas, periódicos, formas gustos, hasta paisajes. El tempo de este influjo prestissimo; las impresiones se borran unas a las otras; uno se resiste por instinto a absorber cualquier cosa, tomar en profundidad cualquier cosa, 'digerir' cualquier cosa."

!Estas citas son de mediados y fines de siglo...XIX! Las dos primeras pertenecen al *Manifiesto Comunista*, y son de Marx. Las otras dos son de Nietzsche y pertenecen a la colección de fragmentos de *La voluntad de poderío*. ¿Nada nuevo bajo el sol?

De la secuencia dialéctica a la instantaneidad paradójica

El concepto de **aldea global** fue popularizado por Marshal McLuhan hace unos 30 años y desde entonces ha sido retomado periódicamente y recargado con nuevos sentidos. Para McLuhan ¹, y de acuerdo con su visión triádica de la historia, habríamos pasado de un

* En los acápites 2 y 3 de este artículo el autor ha recurrido a algunas ideas trabajadas en artículos anteriores

** Magister en Filosofía de la U. de París, Investigador en Desarrollo Social de la Cepal

¹ Piénsese en los libros de McLuhan que tuvieron mucho impacto hace tres décadas, como *Understanding*

mundo acústico-tribal a otro visual-letrado (lo que él llamó la **galaxia de Gutenberg**), y finalmente a otro acústico-visual por vía de nuevos medios de comunicación a distancia, sobre todo la televisión. El problema, sostenía McLuhan, es que no logramos todavía ajustar nuestra comprensión a esta nueva realidad. Para ello, recurrió a la clásica imagen de quien maneja el automóvil con la vista pegada en el espejo retrovisor.

Otra percepción de orden semejante es la del filósofo postmoderno francés Michel Maffesoli, para quien asistimos a un cambio de era en que pasamos de los ejes de la moral y la política a los del hedonismo y la estética. De allí también el entusiasmo en su discurso para afirmar que hemos saltado de un estilo óptico (analítico, especulativo) a un estilo táctil (sensual, epidérmico). ¡Eureka!, la nueva era nos acerca los unos a los otros: "el hombre de pueblo y el filósofo se entrelazan en una total interdependencia", sincronías casi tribales, nuevas tecnologías con efectos sinérgicos y sinestésicos, imágenes virtuales que abren el imaginario colectivo al relativismo de los relatos y de las autoimágenes. Algo parecido a lo que el buscador solitario de los sesenta buscaba en el ácido lisérgico y en el amor libre, pero ahora en la vorágine de la postmodernidad.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk, recurriendo a la misma estructura triádica de Marx o McLuhan para historizar a la humanidad, ha sostenido más tarde una secuencia de triple insularización en la historia universal.² Primero fue la horda que sobrevive a fuerza de una cohesión que hoy ningún sujeto secularizado estaría dispuesto a aceptar y que adviene como reacción al desastre de Babel, vale decir, al fracaso del intento arquetípico por fundir culturas y lenguajes. Este estadio de la paleopolítica habría sido relevado por el de la megalopatía, donde la conducción política deviene un arte reservado a los elegidos cuando la horda se transfigura en polis. Habitante de la totalidad, este elegido se siente más en casa entre planetas que entre conciudadanos. Superdotado para garantizar la reproducción del cuerpo social, la amplía hacia la esfera de lo no experimentado, se aventura en la invención (cultura, arte, finalmente organización social). Sloterdijk no duda: la catapulta de Pericles lo lanza en línea recta al Renacimiento. Y finalmente el salto de la megalopatía a la hiperpolítica: metamorfosis del cuerpo social en los tiempos de la política global. Postmodernidad y postdios.

En lugar de la cohesión de la horda o la jerarquía del Imperio, un cierto atomismo-nomadismo que se impone como estilo postindustrial de vida: "En este individualismo de apartamento de las grandes ciudades postmodernas, proclama Sloterdijk, la insularidad llega a convertirse en la definición misma del individuo." Sin embargo, siempre se requiere una instancia que impida que estas islas se despeñen a los pantanos de la entropía. Hay que compatibilizar el individualismo radical del nuevo orden con las eternas labores de crianza, socialización, preservación de la continuidad y la reproducción de la vida humana a escala planetaria. Los derechos humanos aparecen allí como el antídoto secularizado contra las ideologías de la muerte o las consecuencias corrosivas del particularismo. El nuevo individualismo que exalta la "diferenciación específica", exige un orden de complejidad inconmensurable, y finalmente tiende a abolir en gran escala el primado de la repetición sobre la invención. En este último efecto insular, proclama Sloterdijk, aparece el último

Media, La Galaxia Gutenberg y Contraexplosión.

² Ver de Peter Sloterdijk, *En el mismo barco*, Madrid, trad. de Manuel Fontán del Junco, Ediciones Siruela, 1993.

hombre de Nietzsche con rasgos inesperados: sin retorno al reino de la reproducción, "conduce su vida como el usuario terminal de sí mismo y de sus oportunidades" .

Vistos en conjunto estos tres casos, estaríamos tentados por colocarlos a todos bajo el paraguas de la globalización cultural, tema que nos convoca aquí. Superación de la Galaxia de Gutenberg y del paradigma ilustrado; transición de una estructura analítica a otra más sinestésica y experimental en la sensibilidad del sujeto sin fronteras; y creciente diferenciación protegida por un consenso extenso en torno a un orden político globalmente válido. El final de la historia no pasa por esa otra estructura triádica que vio Marx con su dialéctica del conflicto entre desarrollo de medios y relaciones productivas (y con el comunismo a escala planetaria al final del relato), sino todo lo contrario: por una mezcla de capitalismo mundial, universo mediático, sensibilidad postmoderna y adhesión progresiva de las naciones al modelo político de las democracias liberales. En este contexto los conflictos radican más en la confrontación entre secularizados y fundamentalistas, tanto internacional como intranacional, y también en las dificultades que supone subordinar la fragmentación sociocultural a una institucionalidad que prevenga contra la entropía o la ingobernabilidad.

Creo, sin embargo, que una misma limitación subyace a los diferentes puntos de vista resumidos más arriba. En todos ellos campea la perspectiva dialéctica, aunque privada de síntesis, según la cual la historia mantiene su lógica lineal de relevo de ondas. Falta allí abrir este nuevo orden, no ya como un momento de la dialéctica, sino como la extroversión de todos sus momentos. En este marco, la globalización opera multiplicando en su propio seno los extremos y, a su vez, las mediaciones entre ellos. Como si todos los tiempos históricos se condensaran en este tiempo finimilenar. Máxima racionalización y máxima diferenciación, aldea global y particularismos culturales, comunión mediática y fragmentación socioeconómica, alienación y creatividad en el consumo, transparencia informativa y opacidad de las nuevas tribus urbanas.³ Todo lleva la marca del doble signo, y lo hace de manera sincrónica. La secuencia dialéctica queda, en su último momento, "prismada" en el instante paradójico de la globalización.

Los tantos rostros paradójicos de la globalización

Globalización económica: interdependencia progresiva con vulnerabilidad progresiva.

El efecto combinado del desarrollo de la microelectrónica y la desregulación financiera a escala global permite la hipercirculación monetaria de manera instantánea y sin fronteras nacionales. El dinero fluye y flota sin una institucionalidad reguladora (desde que perdió vigencia el acuerdo de Bretton Woods y la fijación del tipo de cambio entre monedas). Al mismo tiempo se amplían las fronteras en que opera el capitalismo financiero a medida que todas las economías nacionales se abren al mercado internacional. Esta combinación de factores políticos, institucionales y de tecnología en la circulación del dinero han llevado a que las transacciones monetarias multipliquen su volumen de manera sorprendente y vertiginosa durante la última década, y que el incremento en la masa

³ En su último libro Alain Touraine muestra precisamente como estamos, a escala global, lidiando con tensiones que resumen tanto la máxima racionalización con los máximos esfuerzos de afirmación de identidad (A. Touraine, *Pourrons-nous vivre ensemble?*, París, Fayard, 1997).

monetaria mundial sea muy superior al de la productividad real y de transacciones comerciales. Y dado que el flujo microelectrónico ocurre de manera instantánea a lo largo del mundo, los efectos en los desequilibrios son sentidos de manera inmediata en todas partes.

¿Qué significa todo esto? Dado que los mercados financieros son especulativos y manejan un volumen de dinero que desborda fuertemente la economía "real", y dado que están interconectados de manera instantánea y sin regulaciones internacionales, generan interdependencia y vulnerabilidad progresivas, esto no sólo en las mesas de dinero de los mercados de valores. La suerte económica de incalculable cantidad de personas, distribuidas en todos los puntos del planeta, puede depender para bien o para mal de acontecimientos financieros, económicos o políticos, y hasta de desastres naturales, que ocurren en cualquier otro punto del globo y hacen variar el valor de las acciones en todas partes. Son muchos millones los candidatos a la riqueza precipitada, y muchísimos más los candidatos al empobrecimiento súbito. Un descalabro financiero en la bolsa de Corea, por ejemplo, puede producir efectos inmediatos de desvalorización de los ahorros en la clase media de Chile o de México, y efectos bastante rápidos de pérdida del empleo en trabajadores brasileiros o venezolanos. Puede haber conexión causal, sin dilación temporal, entre una sequía en China o un escándalo amoroso en la presidencia norteamericana, o dos copas de más en la alcoba de un presidente ruso, y la caída en un 3% de la bolsa de valores en Buenos Aires o en Lima. Los mercados son cada vez más sensibles, y se ven permeados cada vez más por efectos psicológicos que rebasan toda lógica económica, como son el pánico de los inversionistas o el entusiasmo de los apostadores.

Pero, además de este efecto aleatorio del mercado financiero mundial (el llamado efecto dominó) está la apertura comercial, que tiene también su doble signo. Por un lado la aparición de nichos de crecimiento, y por el otro lado el aumento en los flancos de debilidad. Un pescador artesanal de la Isla de Chiloé, en el sur de Chile, puede verse agraciado por la oferta de compra de sus productos de una empresa pesquera japonesa. Un artesano textil otavaleño en Ecuador puede circular por el mundo abriendo su cartera de clientes. Inversamente, la entrada masiva de ropa americana de segunda mano en el mercado paraguayo puede ser desastrosa para la comercialización de productos textiles producidos por la industria local.

Lo que importa destacar en este punto es que de la globalización financiera y comercial se van abriendo simultáneamente oportunidades y vulnerabilidades. Una nueva racionalidad de "nichos" y de "información oportuna" atraviesa la cultura de empresarios, inversionistas, productores, comerciantes y ahorristas. El "cómo aprovechar" va de la mano con el "cómo protegerse". Me atrevo a pensar, al menos conjeturalmente, que el impacto de este nuevo estilo de interdependencia global no sólo afecta los comportamientos de agentes económicos (o de las personas en su exclusiva dimensión de agentes económicos), sino que permea la vida cotidiana, las conversaciones y la sensibilidad de tantos otros. Cultura del riesgo que va desde la apuesta en el mercado de valores hasta los paseos en alta velocidad; valoración de la contingencia presente sin proyección a largo plazo, desde la plata fácil hasta el colapso de las utopías. El doble signo de los nichos que se abren y cierran en el comercio mundial, y de las corridas hacia arriba y hacia abajo en los mercados financieros, son resortes y metáforas en otras esferas de la vida.

Globalización comunicacional: mayor presencia y mayor anonimato

Ocurre con los actos comunicativos lo mismo que con las inversiones financieras: no hay límite espacial ni demora temporal entre emisores y receptores de mensajes. Los flujos de información y la circulación de imágenes en la nueva industria comunicativa son instantáneos y globalizados. Esto imprime en quienes participan percepciones paradójicas. De una parte, otorga una sensación de protagonismo, porque a través de Internet son muchos los que hacen circular sus discursos con un esfuerzo mínimo. De otra parte, genera una sensación de anonimato al contrastar nuestra capacidad individual con el volumen inconmensurable de mensajes y de emisores que están presentes a diario en la comunicación interactiva a distancia.

Para los que sólo acceden a la televisión y no a la pantalla del monitor (y que son la abrumadora mayoría), el protagonismo creciente por la decodificación propia de los múltiples mensajes ajenos; y en contraste con ello la conformidad con el hecho de que no serán nunca ellos quienes decidan sobre qué imágenes, qué textos y qué símbolos se imponen en el mercado cultural. Por un lado, la impotencia del sujeto ante un orden que lo rebasa en volumen de información, de transacciones, mensajes e innovaciones tecnológicas; y, por otro lado, las tantas nuevas opciones de autorealización por vía de la extroversión mass-mediática (o por el contrario, imposibilidad de realizarse por esta extroversión en que nada sedimenta de verdad). De una parte, la expansión de la interlocución desde lo presencial al diálogo a distancia como expediente cotidiano de vínculo con el otro y, por otro lado, la aniquilación del otro en esta falta de presencialidad que afecta una porción creciente de nuestros actos comunicativos.

Todo esto hace que en la subjetividad se recombinen nuevas formas de ser activo y ser pasivo, una nueva percepción del tiempo y la distancia, nuevas representaciones del diálogo y la comunicación, nueva relación con la información y el conocimiento. Probablemente, formas que están signadas también por otras jerarquías de lo bueno y lo malo, lo útil y lo inútil, lo entretenido y lo aburrido. A nivel global, otros efectos asociados: la obsolescencia acelerada de los puntos de vista en el baile general de las interpretaciones, y al mismo tiempo el atrincheramiento fundamentalista como mecanismo de defensa frente a este baile. Menor perfil en el conflicto ideológico (porque no hay ideología que resista semejante transparencia informativa y diversidad de interpretaciones), pero al mismo tiempo un mayor peso, a escala internacional y local, del conflicto entre culturas y valores (como nuevo "punto focal" en las tensiones y diversiones que unen la conciencia personal con la planetaria). De un lado, la pérdida de memoria histórica a medida que aumenta la información sobre la contingencia de turno y, en contrapartida, destreza en manejo de la anticipación y actualización de información. Más plasticidad de espíritu y a la vez más inconsistencia valórica. No es sólo, como piensa Peter Berger, la globalización de los ejecutivos, los académicos y la cultura popular.⁴ Es un cambio de tempo y de tiempo que lo permea todo.

Más concentración del dinero, más desconcentración de la imagen

⁴ Ver Peter Berger, "El pluralismo y la dialéctica de la incertidumbre", *Revista de Estudios Públicos*, No. 67, invierno 1997, pp. 5-22, Santiago.

La globalización afecta las categorías básicas de nuestra percepción de la realidad puesto que transgrede la relación tiempo-espacio y la reinventa bajo condiciones de aceleración exponencial: se comprimen ambas categorías de lo real por vía de la microelectrónica, que hace circular una cantidad inconmensurable de "bits" a la vez en un espacio reducido a la nada por la velocidad de la luz con que estas unidades comunicativas operan. Tal aceleración temporal y desplazamiento espacial se dan con especial intensidad en los dos ámbitos recién señalados donde la microelectrónica tiene aplicación: en la circulación del dinero y de las imágenes (como iconos, pero también como textos). Si algo no tiene precedente es el **volumen** de masa monetaria y de imágenes que se desplaza sin límites de espacio y ocupando un tiempo infinitesimal.

¿Pero cómo se distribuye ese incremento en la circulación entre las personas? Sin duda de manera paradójica: mientras el dinero viaja concentrándose, las imágenes lo hacen diseminándose. Un reciente informe de las Naciones Unidas sobre concentración de la riqueza en el mundo señala que actualmente la fortuna sumada de las 225 familias más adineradas del planeta es equivalente a lo que posee el 47 % más pobre de la población total del mundo, que suma alrededor de 2.500 millones de habitantes,⁵ y las tres personas más ricas poseen más dinero que el PIB sumados de los 48 países más pobres. En contraste con ello, el número de aparatos de televisión por cada mil habitantes ha aumentado exponencialmente durante las últimas cuatro décadas, y crece la redificación de la televisión por cable a una velocidad aún mayor. Con ello, se agiganta la brecha entre quienes poseen el dinero y quienes consumen las imágenes. Tanto más inquietante resulta esto cuando consideramos que las imágenes se distribuyen gracias al dinero de las empresas que publicitan sus productos y servicios en la pantalla, con lo cual promueven expectativas de consumo y de uso cada vez más distantes de la disponibilidad real de ingresos de la gran masa de televidentes.

Con ello la globalización impacta sobre las sociedades nacionales exacerbando simultáneamente sus brechas sociales y su desarrollo comunicacional. El abaratamiento relativo de la conexión a la pantalla no guarda proporciones con el precio de los productos que se publicitan en ella. Crecen simultáneamente una cultura de expectativas de consumo y una cultura de frustración o sublimación de aquéllas. El individuo medio de una sociedad periférica se ve obligado a disociar entre un amplio menú de consumo simbólico y otro, mucho más restringido, de acceso al progreso material y a una mayor participación en la carreta del progreso. La ecuación de la síntesis entre consumo material y consumo simbólico, promesa histórica del desarrollo o de su discurso, debe recomponerse en la cabeza de la gran mayoría de latinoamericanos que se tragó el cuento de la modernización con happy end incluido. Por ningún lado asoma ahora esa síntesis que se esperaba obtener de la modernización clásica: síntesis entre integración material (vía redistribución de los beneficios del crecimiento), e integración simbólica (por vía de la política, los mass-media y de la educación). Asistimos más bien a una caricatura, con un portentoso desarrollo de opciones de gratificación simbólica por vía de la apertura comunicacional, y una concentración creciente de los beneficios económicos de la apertura externa en pocas manos. Para los demás, las manos vacías y los ojos colmados con imágenes del mundo. Valga esta caricatura para hacer más gráfica la realidad.

⁵ Hace dos años se requería la fortuna de las 358 familias más ricas para sostener esta onerosa proporción.

¿Significa esto más desintegración, o una dosificación distinta de los componentes de la integración social? La pobreza no disminuye su proporción dentro de la población total de los países en desarrollo; pero sí aumentan sostenidamente la densidad de televisores y computadores (los primeros ya en casi todos los hogares pobres, los segundos expandiéndose rápidamente desde la clase alta hacia la clase media), y las expectativas de consumo de toda la población. Por cierto, las compensaciones a la desigualdad material por vía de la identificación simbólica no son tan marcadas como en otras sociedades menos secularizadas (pienso sobre todo en las de raigambre islámica, más homogéneas en cultura y en valores, y que por esa vía resuelven la falta de integración socio-económica). Sin embargo, la globalización también produce, a su manera, un curioso efecto de identificación colectiva en nuestras sociedades y en nuestras juventudes: no con decálogos o mandatos divinos, pero sí con una sensibilidad publicitaria común, una estética del zapping o el shopping en que jóvenes ricos y pobres comulgan, una cultura del software y de los discursos ad hoc, un perspectivismo de pantalla y una empatía con el melodrama. Las miles de señales que se emiten por múltiples medios de comunicación de masas van generando, sobre todo entre los jóvenes, complicidades grupales, tribus muy cohesionadas hacia adentro (aunque sea de manera efímera y espasmódica), símbolos épicos o líricos para el consumo de masas. En esto Brasil puede constituir un nuevo paradigma: el país con la peor distribución del ingreso de América Latina y las mayores desigualdades geográficas, posee una industria cultural transnacionalizada, una de las mayores empresas de la imagen en el mundo (O Globo), y una densidad televisiva que permite que ricos y pobres comulguen juntos, una hora al día, frente a los mismos dramas de las mismas telenovelas.

Brechas y paradojas en la periferia latinoamericana

Dadas las consideraciones precedentes, caben replantearse el tema de los referentes que rigen el carácter y ritmo de la globalización, como también sus consecuencias en términos del impacto tan segmentado que dicha globalización ejerce sobre sociedades y grupos. Todo planteo binario que pretende dividir al mundo entre globalizados y no globalizados desconoce la forma en que se desarrolla la vida de aquellos que parecieran, por nivel de ingresos y segregación territorial, vivir fuera de la carreta del progreso. Ejemplos y argumentos para rebatir este reduccionismo abundan: ¿Cómo pensar las culturas juveniles del mundo popular urbano de Ciudad de México, Buenos Aires o Santiago sin el rock? ⁶ ¿Cómo entender el impacto de entrada del Movimiento Zapatista en el escenario político mexicano sin el uso que dicho Movimiento hizo del Internet para posicionarse en la opinión pública internacional? ¿Cómo entender la cultura de la droga en las barriadas de Río de Janeiro sin el contexto globalizado del narcotráfico?

Todo ello no significa, claro está, que la transnacionalización provea mayor homogeneidad cultural o integración social. Respecto de lo primero, baste hojear el cúmulo de literatura casuística o teórica relativa a los contextos locales de reapropiación y resignificación de los íconos mass-mediáticos. Parece ya claro que la recepción de MTV genera códigos y sistemas de pertenencia grupal muy distintos en Ciudad de México que en París o en Tokyo. En cuanto a lo segundo, la globalización agudiza la fragmentación social, y la distribución del ingreso en muchos de los países de la región va acompañada de una

⁶ Véase por ejemplo de Maritza Urteaga Castro-Pozo, Por los territorios del rock: identidades juveniles y rock mexicano (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Causa Joven, México D.F., 1998).

tendencia regresiva. Un ejemplo de ello es la irrupción de marginalidad social y la segregación territorial en Buenos Aires, ciudad que históricamente fue emblema de integración sociocultural y expansión de la clase media. Quisiera ahora entrar en mayor detalle respecto de esto último, a saber, la alteración profunda del discurso -y del imaginario- de la integración social en América Latina que acompaña en el tiempo la nueva fase de globalización.

La falta de integración social en América Latina ha sido ampliamente denunciada y teorizada.. Se habla de sociedades de desarrollo desigual y con polos dinámicos-externos vs. polos de rezago y exclusión interna (en las diversas formulaciones de la teoría de la dependencia); de sociedades muy inequitativas y con las peores distribuciones del ingreso en el mundo; de sociedades con identidad cultural nunca resuelta en el encuentro entre lo moderno-occidental y lo premoderno-indígena, o entre cultura letrada y oral, o entre blancos y no blancos; de economías nacionales en que las altísimas tasas de informalidad laboral y marginalidad territorial torna a los excluidos en mayoría; y de sistemas políticos perversos o autoritarios que no construyen ni permiten un sistema democrático basado la institucionalización progresiva de los actores sociales.

Pero, actualmente, se dan dos polos anímicos contrastantes que a la vez conviven en nuestra sensibilidad. Por un lado, el desencanto frente a proyectos nacionales que en décadas anteriores poblaron el futuro y el imaginario colectivo con la expectativa de integración social.⁷ A diferencia de los tiempos de auge del desarrollismo y el proyecto socialista, no hay ahora en la agenda política nada que lleve a pensar en un cambio radical que pudiera generar grandes avances en materia de integración social. La inequidad no se resuelve con indicadores económicos exitosos, la informalidad laboral persiste en sus enormes volúmenes, la marginalidad y sub-culturización se consolida como tal en las metrópolis y ciudades intermedias, la vulnerabilidad física y social de grandes contingentes poblacionales parece ir en aumento, la violencia se incrementa en los hechos y en la percepción ciudadana, y se hace cada vez más dificultosa la adhesión a valores compartidos o a redes de apoyo mutuo.⁸

En este nuevo statu quo, la juventud popular urbana es quien más interioriza las promesas y las aspiraciones promovidas por los medios de comunicación de masas, la escuela y la política, pero sin acceder a la movilidad y al consumo contenidos en ellas. Así, estos jóvenes padecen una combinación explosiva: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el **potencial económico** de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado del trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las "reglas del juego limpio" para acceder a los beneficios del progreso.

⁷ Véase al respecto Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1994.

⁸ Sintomático el impacto del artículo y la metáfora acuñada por Putnam al respecto: "bowling alone", o "rodando solo".

Por otro lado, y en contraste con lo anterior, circulan discursos en que se redefine la integración social de modo tal que parece al alcance de cualquiera: nuevas formas de gestión disponible en los niveles micro y macro, sea para el gerente de una gran empresa o para el autoempleado; potencialidades de los nuevos medios de información y comunicación que pueden hacer de cada cual un ciudadano activo, un emisor de mensajes y un productor de información; la reivindicación del "empoderamiento de la comunidad" como mecanismo clave del desarrollo social de los grupos carenciados; ⁹ valorización de la diversidad cultural que hace de todos, o de cada grupo, un aporte único al tejido societal; ¹⁰ mayor eficiencia y focalización en las políticas sociales para optimizar el impacto en los grupos más desprotegidos; reformas administrativas que acercan el nivel central al nivel local, y el "policy-making" a la comunidad. En suma, la integración social parece consagrada en este tramado discursivo que va colocando en un mismo mapa la euforia de las nuevas tecnologías, los emergentes criterios de ingeniería y gestión sociales, las virtudes expansivas de la competitividad "sistémica", y la adhesión a lo políticamente correcto (democracia política, cultural y de género).

A esta paradoja entre ánimos apocalípticos y entusiastas se suma otra ya señalada, a saber, la brecha creciente entre integración simbólica y desintegración material. La modernización asociaba estrechamente la integración simbólica y la material. El acceso a vivienda, empleo moderno con ingresos crecientes, servicios de salud e infraestructura urbana, se asociaba a mayor movilización social, participación política, interconexión cultural y educación formal. La sociedad de masas moderna venía anunciada con la sincronía entre ampliación del consumo a toda la población, y sociabilización de todos en la lectoescritura, la información actualizada y el uso "opinante" de espacios públicos.

Este vínculo claro en el imaginario del desarrollo hoy día está roto, o más bien atrofiado del lado de la integración material y desbocado por el lado del consumo simbólico. Mientras el acceso al bienestar material se ha estancado y la exclusión social no se revierte, por otro lado se expande el acceso a bienes simbólicos como la educación formal, la televisión y la información actualizada. La brecha creciente entre desintegración "dura" (material) e integración "blanda" (simbólica) alimenta esta connivencia entre desencanto y complacencia, o entre ánimo apocalíptico y entusiasmo postmoderno. La creciente segmentación social es motivo de críticas ácidas, pero la defensa de la diversidad cultural despierta nuestras legítimas pulsiones utópicas. La informalidad laboral es claramente un factor estructural de reproducción de la pobreza, pero hablamos a la vez de la autogestión y el "acceso a destrezas estratégicas" como bondades que los nuevos tiempos pueden poner al alcance de todos. A la vez que la integración social-material parece agotar todos sus viejos recursos, nuevos ímpetus de integración simbólica irrumpen desde la industria cultural, la democracia política y los nuevos movimientos sociales.

⁹ La noción de "empoderamiento" ("empowerment") ya aparece en la semántica de las políticas sociales formuladas por el Banco Mundial, el BID y muchos gobiernos de la región.

¹⁰ Véase por ejemplo UNESCO, *Nuestra diversidad creativa*, Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, 1997.

Una metáfora fuerte de estos contrastes y connivencias la encontramos en la cultura de las drogas. Mientras en las grandes ciudades europeas las fiestas "Rave" reúnen a cientos de jóvenes empatizados bajo el efecto expansivo de las drogas de diseño (en particular el MDMA o éxtasis),¹¹ los grupos de esquina en las comunas más pobres de Santiago o Bogotá fuman pasta base de cocaína y se sumergen en el "silencio de los angustiados".¹² Nada más globalizado que el narcotráfico, pero nada más localizado que el uso de las drogas y la significación de su abuso. El éxtasis va de la mano con la música tekno, el contagio amoroso y el superávit energético de sus usuarios (aunque, paradójicamente, su uso inicial en la psicoterapia tenía un sentido más introyectivo y de desbloqueo de la censura del inconsciente). La pasta sumerge en espacios interiores y circula en situaciones de mayor violencia y estigma. La insularidad local se ve duplicada por ésta otra insularidad psíquica donde los vasos comunicantes se hacen cada vez más tenues. De manera analógica, una cosa es navegar por Internet en el barrio alto, otra es vivir sumido en la pasta base de cocaína en los barrios bajos. En ambos casos el joven encuentra formas inéditas de viajar: fuga hacia el mundo distante, o hacia los mundos internos donde nadie entra. Curiosamente, ambos son efectos de la globalización: más acceso a interlocución y también a intoxicación. La droga no viene por casualidad. La exclusión social, la tensión de la ciudad, la pérdida de sentido colectivo en un dinamismo modernizador que promueve el individualismo, son caldo de cultivo para incorporar la resaca del mercado en los enclaves que están fuera de la carreta del progreso. Droga fina en el mundo de los ricos, veneno puro en el mundo de los pobres. Las riquezas livianas conviven con las pobrezaas duras, pero no se mezclan.

Si la industria cultural volcada en los mass-media es el medio de la integración blanda, las nuevas formas de marginalidad son expresión de la desintegración dura. Este dato es quizás el más complicado de afrontar cuando hablamos hoy de juventud en América Latina: todos interconectados con las mismas o parecidas aspiraciones simbólicas, de identificación y de pertenencia por vía de la cultura publicitaria y el acceso a los canales en que circulan las imágenes y los íconos globalizados; pero, a la vez buena parte de ellos habitando en márgenes opacos, irrecuperables, atrincherados en el extravío de las tribus suburbanas donde la droga es siempre dura, el trato está siempre abierto a la violencia, y las oportunidades de empleo son siempre para los demás.

La producción de sentido entre la estandarización y la diferencia

Frente a estas dinámicas la producción de sentido colectivo es una caja negra, o al menos una caja de pandora. Puede, por ejemplo, desembocar en un integrismo cultural y valórico que adquiere rasgos mesiánicos de distinto tipo: movimientos escatológicos de izquierda y movimientos neofacistas de derecha, probablemente marginales y sin perspectiva de alterar el patrón de desarrollo capitalista, pero con efectos disruptivos en el orden público y en la seguridad ciudadana; grupos esotéricos cerrados que objetan en bloque todo lo que huele a modernidad y progreso; tribus suburbanas que recrean los

¹¹ Véase la recompilación hecha por Amador Calafat, *Characteristics and Social Representation of Ecstasy in Europe*, IREFREA-Comisión Europea, Palma de Mallorca, 1998.

¹² Véase de Mauricio Sepúlveda, "El silencio de los angustiados: contextos discursivos en el consumo de pasta base de cocaína" en *La grieta de las drogas: desintegración social y políticas públicas en América Latina*, CEPAL, compilación de Martín Hopenhayn, Santiago, 1997.

íconos de la industria cultural en código propio y sin traducción hacia el resto de la sociedad; idolatrías obsoletas en que se mezclan, de modo siempre singular, el glamour del estrellato con las carencias crudas de la cotidianidad; el panteísmo urbano-posmoderno en que los semidioses adorados van desde el código satánico (a lo Iron Maiden) hasta el código andrógino (a lo Fredy Mercury), travesti (a lo Boy George) o ascético (a lo Michael Jackson).

Sin embargo, en las antípodas de esta segmentación tribal en que los ídolos e íconos se consumen de modo tan diferenciado, está el efecto unificante y transnacionalizado que impone la cultura publicitaria, el Macmundo y el Disneymundo.¹³ Los grandes centros comerciales y sus escaparates, locales de fast-food y de video-juegos, ferias de automóviles, deporte-aventura y parques de diversiones: da lo mismo si están en su lugar de origen (los Estados Unidos), o en cualquier ciudad latinoamericana. Tienen la misma impronta en todos lados, la misma estética publicitaria, el mismo hiperritmo de sabores y colores, la misma cooptación de la creatividad por el mercado. Es el mundo transnacionalizado donde la riqueza de la imagen corre pareja con la pérdida de espesura, y donde la circulación de las imágenes es tan fluida como la del dinero. Nueva racionalización global en que priva el continuo reciclaje de formas, la combinatoria que genera provisorias diferencias específicas, la fusión del marketing , shopping , zapping, trekking, etc., en una subjetividad que se duplica al infinito a lo ancho del continente.

La vida se modifica en este pacto entre el metabolismo interno y la velocidad de circulación de la imagen. No es la preminencia del ojo y el oído sobre el resto de los órganos sensoriales (al estilo McLuhan), ni de las sensaciones sobre el análisis (al estilo Maffesoli), sino la prevalencia de la composición sobre el sentido, del editing sobre el argumento (al estilo Lyotard o Baudrillard). Por cierto puede haber decodificaciones y recreaciones específicas generadas por un grupo o en un lugar, pero la racionalización homogeniza por el lado del esteticismo de pantalla y de la provisoriedad de las identificaciones, une las diferencias bajo el vértigo común de la obsolescencia acelerada que es propia de los mercados competitivos. En otras palabras, porque hay racionalización universal en el consumo, hay enorme potencial de diversificación en los sentidos que se abren, a escala local, de ese mismo consumo. Nos fundimos con una nueva forma de la racionalidad instrumental que sustituye, opone, contrasta, ilustra, sugiere, desecha y recicla. En cada uno de estos actos hay una diferenciación en potencia, el embrión de un nuevo código tribal o de un nuevo rito intraducible.

En el campo de los mercados culturales y de la cultura del mercado un espectáculo incesante: infatigable secuencia de siluetas, figuraciones, re combinaciones hipercreativas. Esta sensibilidad "light" se estrella, empero, con el muro opaco del descontento social, coexiste sin diluirse con los jóvenes "duros" de las ciudades latinoamericanas. La juventud popular urbana difícilmente puede aceptar la suave cadencia postmoderna desde su tremenda crisis de expectativas. Pero, sólo ingresando en este régimen donde la imagen circula a la velocidad de la moneda (y, por tanto, tiene siempre más valor de cambio que de uso), puede el sujeto reconfigurar sus expresiones y hacerlas visibles en el espacio público, sea la calle, el muro, la pandilla, la fiesta del barrio, la barra brava o el videoclip.

¹³ El término "Macmundo" es utilizado por Guy Sorman en su libro *El mundo es mi tribu*, Versión castellana en Edit. Andrés Bello, Santiago, 1997.

La producción de sentido se diversifica al ritmo del procesamiento del consumidor y la circulación de las formas, y por otro lado se homogeniza en la medida que lo funcional invade el mundo sensible. Por cierto, los códigos intraducibles de las tribus urbanas responden también a la voluntad por resistir dicha funcionalidad, devenir irreduciblemente locales, desbordar la lógica sistémica con espasmos de identidad, cuajar franjas de desorden en sitios que esas mismas tribus logran "descolonizar". El mismo sentido de la emancipación se sustrae de los grandes proyectos colectivos y se reparte en miles de identidades grupales, esquirlas de utopía que ya no difieren a la eternidad del futuro sino que intensifican en la complicidad del instante.

Otra paradoja en el campo de la producción de sentido: **masificación de la opción por singularizar**. A diferencia de los modernismos decimonónicos o de las vanguardias estéticas de la primera mitad de este siglo, la diversificación en las "mediaciones comunicativas" y en las identidades grupales. Coexisten la transparencia comunicativa de los mass-media con el misterio de su recepción y reconstrucción local. Hasta los prístinos y mecánicos héroes de cartoons japoneses son recodificados a miles de kilómetros de distancia de maneras imprevisibles e insubordinables. Cultura de masas y tribalización postmoderna no se oponen sino que funcionan como anverso y reverso. Ya no el lúcido-apocalíptico contra la sensibilidad gregaria (versión iluminista-crítica), sino la disolución de lo gregario por la fuerza centrífuga de su dispersión.

En una contingencia que ya no se percibe desembocando en la eternidad, sino que desata en su seno una multitud sincrónica de síntesis singulares, pierde sentido la oposición entre masividad y diferencia. No porque la cultura de la disrupción se haga masiva, sino porque la masa misma se torna discontinua. En el sentido que lo plantea Gianni Vattimo, la subjetividad encontraría su potencial liberador en este caos confuso-pero-esperanzador de las diferenciaciones. Y esta "liberación de las diferencias coincide con la irrupción de identidades que habían permanecido periféricas, es decir, con la irrupción de "dialectos" étnicos, sexuales, religiosos o culturales que empiezan a hablar por y de sí mismos." ¹⁴ La diferencia tal vez descienda violentamente desde la comarca exclusiva de los intempestivos, para formar parte de un orden simbólico poroso que por todos lados -aunque de maneras diferenciadas- se mastica, se oye y se viste.

No pretendo minimizar el peso vigente de la **ratio** como valor de cambio universal en un mundo unificado por la productividad moderna, ¹⁵ ni soslayar la amenaza que los fundamentalismos culturales le plantea a los valores de diversidad y tolerancia. Menos aún pasar por encima del escándalo de los contrastes sociales y de los impactos excluyentes del patrón dominante de globalización. Pero, la existencia de la **ratio** como moneda internalizada por una proporción creciente de la población global no pareciera impedir, simultáneamente, la tendencia cultural hacia las antípodas: explosión centrífuga de muchas monedas en el imaginario transnacionalizado, combinaciones incontables que no responden

¹⁴ Benjamín Arditi, "The Underside of Difference", versión en print, p. 2.

¹⁵ Entiendo por **ratio** la razón restringida a cálculo e instrumentación, pero al mismo tiempo a la **manipulación** que un sujeto hace de otros por medio de esta reducción de la razón a sus funciones instrumentales y formales. (Véase el concepto de **ratio** en: Adorno y Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, Bs.As., trad. de H.A. Murena, Ed. Sur, 1969; y Gianni Vattimo, *El sujeto y la máscara: Nietzsche y el problema de la liberación*, Barcelona, trad. de Jorge Binagui, Ed. Península, 1989).

a un cálculo meramente racional sino que imbrican emociones, sensaciones e incluso deseconomías.

En esta coexistencia paradójica la vida crece en insularidad y en interdependencia. La permeabilidad en la integración blanda del consumo cultural coexiste con la opacidad de las pobrezaas duras en las metrópolis latinoamericanas. Los "backstreet boys" son en estos dos sentidos: música MacMundo y marginados del zaguán. La esquina tiene una ventana por donde entra la ventolera del efecto-dominó, provocada por la devaluación del rublo o los "alcobazos" de Clinton. Pero tiene también su puera trasera que da al léxico territorializado de los que fuman pasta y acuñan su furia en las paredes. Es un mundo extraño, más poroso y más refractario, con mucho flujo y poco stock. Los huesos de Nietzsche y de Marx resuenan juntos en este nuevo baile de final abierto.